

“ENTRE EL LIBRO ABIERTO Y EL DESPEJADO CIELO”. EN BUSCA DE LA IDENTIDAD NACIONAL PARA LOS NUEVOS TIEMPOS. LAS IDEAS DE J. VASCONCELOS PARA EL FUTURO DE SU PAÍS.

"BETWEEN THE OPEN BOOK AND THE CLEAR SKY": IN SEARCH OF THE NATIONAL IDENTITY FOR THE NEW TIMES. THE IDEAS OF J. VASCONCELOS FOR THE FUTURE OF HIS COUNTRY

"ENTRE O LIVRO ABERTO E O CÉU CLARO": EM BUSCA DA IDENTIDADE NACIONAL PARA OS NOVOS TEMPOS. AS IDÉIAS DE J. VASCONCELOS PARA O FUTURO DE SEU PAÍS.

Mauricio Urrea Carrillo¹

Resumen

A partir de la obra *Ulises criollo*, relato autobiográfico e historia de las ideas del mexicano José Vasconcelos, es posible no sólo reconstruir los episodios de la historia nacional en México, sino también sumergirse en el torbellino de ideas apasionadas que lo movieron hasta participar incluso en la acción revolucionaria. Este análisis entresaca además de una serie de temáticas que pueden proseguirse hoy con provecho en la reflexión y en la investigación.

Palabras llave: historia del México moderno; poder político; educación positivista; Iglesia Católica; estética; mística.

Abstract

A partir de la obra *Ulises criollo*, relato autobiográfico e historia de las ideas del mexicano José Vasconcelos, es posible no sólo reconstruir los episodios de la historia nacional en México, sino también sumergirse en el torbellino de ideas apasionadas que lo movieron hasta participar incluso en la acción revolucionaria. Este análisis entresaca además una serie de temáticas que pueden proseguirse hoy con provecho en la reflexión y en la investigación.

Keywords: historia del México moderno; poder político; educación positivista; Iglesia Católica; estética; mística.

¹ Filósofo mexicano originario de la frontera norte (Nogales) y radicado en Parral (Chihuahua). Doctor en filosofía, ha sido profesor en la Universidad Pontificia de México y en la Universidad de Sonora. Email: mauclap@yahoo.com

Resumo

A partir da obra *Ulises criollo*, relato autobiográfico e história das ideias do mexicano José Vasconcelos, é possível não só reconstituir os episódios da história nacional mexicana, mas também mergulhar no turbilhão de ideias apaixonadas que o moveu participar na ação revolucionária. Essa análise também culmina em uma série de temas que podem ser perseguidos com proveito hoje em reflexão e pesquisa.

Palavras-chave: história do México moderno; poder político; educação positivista; Igreja Católica; estético; misticismo.

1. Introducción

El filósofo, escritor y político mexicano José Vasconcelos Calderón (1882-1959) es conocido por su vasta obra literaria, por sus ideas estéticas y por sus ambiciosos proyectos de reforma educativa a nivel nacional; todo ello en la temprana época de la reconstrucción de México, luego de la Guerra de Independencia (finalizada en 1821), de la Revolución Mexicana (terminada en 1917) y de la Guerra Cristera (concluida en 1929). Su vasta obra escrita se inicia en 1918 y prosigue hasta después de su muerte, con textos póstumos que se irán publicando a lo largo de los años².

Si damos crédito a la doctrina que afirma que “los dos contenidos más importantes y originales de la filosofía mexicana son el *humanismo*, entendido como el pensamiento que plantea o propone el más absoluto respeto al otro, y la *utopía*” (ROVIRA, 2020, p. 19), la obra de Vasconcelos entra dentro de estos parámetros y enriquece, con su originalidad, el concierto de aportaciones latinoamericanas sobre estos temas. De entre su vasta obra publicada, el presente análisis se aboca a su clásico **Ulises Criollo** (1935), ya que en dicha obra se dan cita todas sus ideas filosóficas trenzadas en un relato histórico-vital que permite advertir cómo los mismos acontecimientos fueron forjando las ideas de un hombre de acción, de amplias lecturas y de nobles ideales.

Libro que no permite una lectura ligera -por su lenguaje de época, por su concisión y por lo bien logrado que quedó el proyecto- ofrece, no obstante, una plétora de temáticas no sólo históricas en torno a lo que podría llamarse el alma nacional mexicana sino, a la vez, filosóficas y, dentro de ese universo de ideas, latinoamericanas. Con profunda raigambre

² Para más pormenores, Cfr. NAISHTAT F. La filosofía de la historia en Iberoamérica. El largo siglo XX. In: MATE, R. et al. **Filosofía iberoamericana del siglo XX**. Filosofía práctica y filosofía de la cultura. Madrid: Trotta, 2017, pp. 47-116. Y VALDÉS, M. El pensamiento filosófico en Hispanoamérica en el siglo XX. In: GARRIDO, M. et al. **El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX**. Madrid: Ed. Cátedra, 2009, pp. 1113-1119.

histórica aparece, sobre todo, el doloroso tema de un proyecto de nación que, parafraseando el verso de Antonio Machado, es “el México que pasó y no ha sido, ese que hoy tiene la cabeza cana”³.

2. El contexto y título del libro

La obra **Ulises criollo** comenzó a escribirse en 1931, justamente después de que el autor perdiera, por fraude, en su contienda por la presidencia de la República. La obra se ocupa de narrar concienzudamente la vida del autor (familia, formación, influencias, eventos nacionales) desde su más remota niñez, en el estado mexicano de Oaxaca, hasta la muerte injusta de Francisco I. Madero, el “Apóstol de la democracia” en México. Por todo ello, el libro abarca la descripción profunda, desde los ojos de un protagonista y a la vez espectador, del periodo comprendido entre 1882 y 1913.

Como puede verse, el decurso vital del Vasconcelos de estos años fue idóneo en lo que respecta al periodo nacional que vivió como actor político y social, ya que desde su niñez hasta su juventud presenció casi treinta años de porfiriato, junto con los primeros indicios de una revolución que pretendía derrocar al Dictador mediante la implantación de la democracia bajo el lema, acuñado por Vasconcelos, de “Sufragio efectivo. No reelección”. La figura imantadora de Francisco I. Madero, “el político culto en contraste con el palurdo ex-dictador” (VASCONCELOS⁴, 2014, p. 360), congregó en torno a sí todas las líneas de inconformidad contra Porfirio Díaz, precisamente el Dictador, y un poderoso movimiento nacional se desató trayendo sobre el país aires de renovación y de realización de la utopía, misma que se desvaneció al poco tiempo con la traición y eventual muerte de Madero.

Evocando el clásico de Homero, este particular Ulises vive una Odisea propia que es a la vez geográfica e histórica, pues lo que él llamaba, refiriéndose a su familia, “nuestra vida de gitanos” (p. 239), implicaba haber crecido y haberse formado en los más variados lugares del sur, centro y norte de México (Oaxaca, Chiapas, Sásabe, Piedras Negras, Ciudad de México, Toluca, Campeche, Durango), todo lo cual debido al trabajo paterno en las aduanas del país. Ciertamente, esta vida errante de la familia Vasconcelos le permitió al joven José ser testigo de todo tipo de problemáticas nacionales: políticas, económicas, educativas, culturales y

³ Antonio Machado, *Del pasado efímero*.

⁴ Dado que la obra **Ulises criollo** será aquí citada preponderantemente, y para no hacer cansada la lectura de este escrito, en adelante las citas que sólo contengan el número de la página implica que son de esta obra.

religiosas. A la vez, lo puso en contacto con la diversidad regional del país y su belleza natural. Ello fue el marco de desenvolvimiento de su peculiar Odisea.

Por lo de “criollo” como adjetivo de este particular Ulises, debe añadirse que, como lo aclara el propio autor en la “Advertencia” que antepone al inicio de la obra, “el calificativo criollo lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett, cuando traicionamos a Alamán” (p. 3). La frase contiene, en síntesis, un episodio de la historia nacional metaforizado, pues Joel Roberts Poinsett (1779-1851) fue Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en México, mandado al país por el presidente norteamericano James Monroe, justamente el creador y promotor de la infame “doctrina Monroe” (“América para los americanos”); durante su gestión en México, Poinsett creó seria división nacional y promovió doctrinas expansionistas americanas con la mira de anexar las actuales regiones de los estados de Arizona, Nuevo México y Texas a la Unión Americana; además de intentar anexar los actuales estados mexicanos de Sonora, Baja California (Sur y Norte) y Coahuila. Poinsett fue, asimismo, quien introdujo la logia Yorkina en México. Por su parte, el historiador, minerólogo y político Lucas Alamán (1792-1853) propuso siempre una unión hispanoamericana (cultural, política y económica) que, vinculando fuertemente las culturas y los puntales económicos de cada país hispanoamericano, conformaran una solidaridad continental mediante una asamblea general hispanoamericana.

Justamente por estos tristes hechos históricos, y porque ochenta años después la trama de la tragedia se repetía, Vasconcelos añade inmediatamente: “Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado para complacer a un Morrow” (p. 3). Dwight Whitney Morrow (1873-1931) fue Embajador de los Estados Unidos en México durante la época del presidente Plutarco Elías Calles (1877-1945), y ayudó a éste consiguiendo armamento y gestiones para someter a los Cristeros en la “Guerra Cristera” acaecida de 1926 a 1929. Acto seguido, Vasconcelos define qué entiende por el tema del que obtiene el adjetivo utilizado en el título de la obra:

El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este *Ulises criollo*, lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas (p. 3).

Como bien afirmó alguna vez el crítico literario mexicano Jorge Cuesta: “La biografía de Vasconcelos es la biografía de sus ideas... **Ulises criollo** es, por esta causa, el libro en que la

filosofía de Vasconcelos encuentra su genuina, su auténtica expresión”⁵. Esta es, pues, la razón por la que en este escrito se ha elegido exclusivamente esta obra para un estudio de sus ideas filosóficas.

3. Los temas de filosofía latinoamericana del Ulises criollo

Las ideas de Vasconcelos se van sucediendo en su relato junto con los acontecimientos históricos. Al igual que otros relatos autobiográficos de la historia de la filosofía, se observa con gran claridad cómo es justamente la realidad la que echa a andar al pensamiento, desafiándolo e impactándolo. Si ese pensamiento concreto se nutre, además, de las ideas de los libros y se rodea de personas que vibran en la misma sintonía, se genera pensamiento auténtico, esto es, se da un pensar la realidad concreta y propia, originándose así la filosofía. Así pues, del relato autobiográfico de Vasconcelos se entresacarán aquí líneas específicas de filosofía que pueden enriquecer el vasto campo del filosofar latinoamericano.

El incómodo vecindario con los Estados Unidos. Siendo muy niño aún, su prodigiosa memoria recuerda aquel momento en el que, viviendo en el Sásabe de finales del s. XIX, se presentó una guarnición de soldados americanos que simplemente les ordenó a los habitantes de la pequeña población fronteriza del norte de México, irse más al sur a asentarse en lo que hoy es la población fronteriza de El Sásabe, en México. De aquí proviene la frase “la sorda pugna” (p. 38) con la que el autor denomina a ese enconamiento u oposición existente desde siglos entre ambos países. Muchos han tildado a Vasconcelos de ser simplemente un anti-*Yankee*, pero es preciso enfocar el tema desde una perspectiva más compleja, especialmente si se ha vivido en carne propia esa “sorda pugna” y si, como las más de las veces, se ha perdido en cada batalla cultural, económica, armada y territorial.

Cargando con esas vivencias, el filósofo escribió que viviendo “en la frontera se nos había acentuado el prejuicio y el sentido de la raza; por combatida y amenazada, por débil y vencida, yo me debía a ella” (p. 54). Su patriotismo nace, pues, de presenciar en directo las injusticias que su país sufría por causa de lo que se ha llamado “políticos vende-patrias”. De esas experiencias de niñez brotó lo que él llamaba “el peligro *yankee*” (p. 87), peligro que los mexicanos del centro y del sur no viven ni perciben; hablando de sus compañeros de escuela en Campeche (sur de México) decía: “Ninguna idea tenían ellos de la vida fronteriza y el

⁵ Citado por Sergio Pitol, “Prólogo”. In: VASCONCELOS, 2014, p. XVI.

tenso conflicto que provoca el vecino fuerte ... La lección del nacionalismo llega al corazón de los pueblos sólo cuando palpan los efectos de la rivalidad económica” (p. 87). Comparando la frontera de Piedras Negras, donde en su niñez tenía la casa paterna, con Eagle Pass, en el lado estadounidense escribe: “Era doloroso lo que hacían con mi ciudad aquellas autoridades cretinas. En cambio, al otro lado, dentro de su estilo moderno, mejoraba notoriamente, no sólo en cantidad, también en gusto. El contraste humillaba. De un lado la fuerza, el acierto, la libertad. Del lado nuestro la ruindad, la envidia, el despotismo” (p. 120).

No obstante lo anterior, el tema se enriquece y se especifica cuando, en este mismo relato, el autor agrega que

En la vida fronteriza no es raro que las más enconadas rivalidades terminen en amistad que se impone a las diferencias de la raza y el conflicto de las naciones. El amor vence cuando el trato humano se prolonga en condiciones leales y el nacionalismo se purificaría de rencor si no se fundase, tan a menudo, en injusticias (p. 122).

Y mejor se entiende su postura hacia las injusticias de los americanos cuando, mirando la historia nacional, y hablando de la entrada al siglo XX vivida en Ciudad Juárez, recuerda:

La Iglesia de Ciudad Juárez, de la cual el envigado del techo y el retablo del altar mayor, de cedro tallado, simbolizan la civilización que avanzó de Sur a Norte, latina y católica. Para contrariarla, o bien para poder triunfar, allí mismo, Juárez (presidente), que hoy da su nombre al sitio, inició la norteamericanización, dejó libre el paso al protestantismo (p. 133).

Así pues, mucha de la oposición de Vasconcelos al vecino país del norte se debió a los “malos mexicanos”, esos que pactaron con “el comerciante intervencionista que aprovechaba la crisis moral de un pueblo para medrar y oprimir sin compasión” ... y en todo ello, el oportunista yankee ha hallado siempre en esos malos mexicanos “el socio que necesitaban: el político, el general de la revolución, que les asegura la impunidad” (p. 247).

Indignación por la tragedia de la historia nacional. La fatídica relación entre el oportunismo yankee y los malos mexicanos originan eso que Vasconcelos tildó como “la maldición que pesa sobre nuestra patria” (p. 378). Muy de cerca le tocó vivir la fascinación que el Embajador de Estados Unidos Henry Lane Wilson tuvo por el presidente Madero, y el giro que pronto dio dicha fascinación hacia una soberbia asesina que orquestó el plan y lo posibilitó para derrocar al presidente electo por los mexicanos. El infame “Pacto de la Embajada”, convocado por dicho Embajador, reunió a contrarrevolucionarios asesinos que aprovecharon la ayuda y la oportunidad para quitar a Madero del poder. El “Informe Hale”, en

el que se narra la investigación periodística de las gestiones hechas por este pésimo Embajador, es un capítulo más de esa negra historia que Vasconcelos llama “maldición”. Recordando sus lecciones de geografía, y viendo los mapas que mostraban los territorios perdidos ante Estados Unidos, el filósofo mexicano escribió dolido: “Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Guerrero y los Santa Ana y los Porfirio Díaz” (p. 35).

El gobierno traidor a la nación. De la mano con el peligro del oportunismo *yankee*, Vasconcelos denunció a los malos gobiernos que México, desde los primeros años de vida independiente en el s. XIX, ha tenido en poco más de siglo y medio, y hasta el día de hoy. Con hondo pesar exclamó: “Sordo al clamor de los pueblos, el gobierno de los pretorianos encarnado en un zafio mandón, rodeado de negociantes se hacía aclamar como progresista porque otorgaba al extranjero ventajas ruinosas para cada comarca” (p. 90).

Pero como prueba de que Vasconcelos distinguía claramente unos mexicanos de otros dice, refiriéndose a un antiguo patrón que tuvo cuando joven:

Sin duda andaba por la República, diseminada, toda una generación del tipo de mi jefe, laboriosa, patriota y honesta, que a diario oía cómo a sus progenitores los acusaban de traición los mismos que, en contubernio desenmascarado con el extranjero, vendían los recursos nacionales, comprometían el futuro moral de la patria (p. 180).

Sobre el caso concreto del inversionista *yankee* contra su antecesor el español, tan denostado por aquél, decía:

De varios casos fui testigo y me complacía presenciar el triunfo del “gachupín” y la contradicción de la tesis corriente en la época sobre la superioridad casi sobrenatural del empresario *yankee*. De no mediar el carrancismo, que destruyó al nacional y al español; de no presentarse la política adoptada por Calles, según los tratados de Warren y Pani, que garantizan la propiedad del *yankee* y dejan desamparados a los propietarios mexicanos y españoles, a la fecha, nuestro país habría absorbido y devuelto el capital norteamericano. Pues la biología social nos es favorable y no es la competencia lo que nos derrota, sino traición repetida del político (p. 272).

Esta “traición repetida del político”, replicada una y otra vez en la historia nacional, y que en México está relacionada con el fenómeno cultural del “malinchismo”, es la que genera cotidianamente en el país, y en el continente, la permanente indignación con la que viven los habitantes de esta región del mundo. De hecho, presente desde el s. XIX en la patria mexicana, esta traición repetida estuvo a la base de la respuesta del pueblo de México al

poderoso llamado que Madero hizo a la nación a principios del s. XX. Vasconcelos lo pone así: “Por ansia de libertades y por encono contra gente que aprovechaba la influencia oficial en sus negocios particulares, México respondió al llamamiento maderista” (p. 277).

Esto último de aprovecharse de la “influencia oficial en sus negocios particulares”, tema tristemente actual, es a lo que se ha venido reduciendo para muchos su propia gestión política. Se nos derrumban las ciudades y regiones de problemas, y es desquiciante ver que el político no hace sino velar por sí mismo y aprovechar su cargo, su influencia y sus relaciones para engordar la propia fortuna⁶.

La urgente renovación del sistema educativo nacional. Desde muy temprano en su vida escolar, Vasconcelos notó las deficiencias de la educación mexicana: maestros, alumnos, aulas, útiles escolares y, sobre todo, programas educativos. La escuela positivista del porfiriato era muy adversa a los avances y muy dispuesta al asueto; de un Colegio de educación primaria en Toluca recuerda: “El maestro, un semi-indio, desaliñado y malhumorado, se ocupaba de hacernos sentir su superioridad. Desde las primeras lecciones me convencí de que la pedagogía vigente corría pareja con el mobiliario” (p. 64).

De su periodo estudiantil como adolescente en un Colegio de la Capital, refiere de Don Vidal, el inadecuado director: “si pedíamos asueto lo concedía enseguida, sobre todo si se trataba del onomástico del ministro o de alguna fecha grata a los funcionarios” (p. 126). Y lo más triste: “En cambio, nadie impedía que el alumnado patrocinara cantinas y tabernas y casas de prostitución y billares establecidos a inmediaciones de las instituciones de enseñanza” (p. 126).

No obstante esta deficiencia sistémica, contó con el iluminador ejemplo de buenos maestros que, luego que Vasconcelos recibió del Presidente Obregón la encomienda de Secretario de Instrucción Pública (1921-1924), inspiraron su modelo de maestros como “apóstoles de la educación”. Alumno de Colegio en Campeche recuerda de sus maestros:

Los profesores eran, en general, superiores a todo lo que antes había conocido. Reclutados entre los profesionistas distinguidos de la localidad, cada uno trabajaba por afición, ya que el sueldo era mísero. No pocos prestaban sus servicios gratuitamente, según tradición honrosa de amor a la cultura y servicio de la localidad... y el Estado, siempre en bancarrota (p. 79).

⁶ En otro lugar lo puse así: “*Los negocios de la política*: en este contexto de ebullición social, es terriblemente frustrante ver la acción política dedicada con todo esmero a una nueva forma de negocios municipales, como orquestar parrandas públicas como el «tequila fest» o el «beer fest», y muchos otros más durante el año, utilizando las avenidas como locales gratuitos, montando baños públicos y puestos de cerveza y licor que reciben a las multitudes mientras las bandas de música ensordecen los vecindarios”. Mauricio Urrea Carrillo, Posibilidades y límites humanizantes de la sabiduría cristiana postconciliar en el contexto deshumanizante de la frontera Norte de México. In: ACTAS TEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS (UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO) DICIEMBRE 2018 • ISSN 2452-4689 • PÁGS. 41-49; aquí, p. 45.

Crítica de la educación positivista. Desde la estructuración misma del modelo educativo nacional del s. XIX, las cosas estaban mal planteadas; de su tiempo en el Colegio de Campeche anotaba que “el afán de estar a la última moda desorganizaba, anulaba todo esfuerzo sincero en cada una de las ramas de la enseñanza positivista” (p. 86). De regreso a la Capital del país, en la preparatoria, y como muestra de las acepciones que el comtismo hacía de las etapas de la historia, especialmente del periodo colonial, narra que

el currículum preparatorio se ajustaba a la síntesis positivista aderezada por Barreda⁷. Con la ufanía propia de la edad aceptábamos sin discusión el supuesto de que nuestro método era el mejor del mundo. Ni siquiera sospechábamos que lo mejor del colegio, sus edificios suntuosos, era obra de una edad negada por nuestra enseñanza, pero más fecunda que nuestro tiempo (p. 103).

Refiriéndose a un colega de aquellos años, lo describe así: “Delgadillo era un producto de la Escuela Normal: ni Dios, ni templo; sólo el saber y la patria” (p. 134). Por el contrario, tuvo el gran ejemplo del “célebre maestro Pallares” (p. 144), un gran hombre, venido a menos en tiempos en los que campeaba el espíritu positivista; prosigue Vasconcelos: “contra Pallares estábamos los preparatorios de la metrópoli, antijuaristas y cientifizantes que nos sentíamos rebajados de estudiar el Derecho Romano, después de haber cursado el plan de Comte en la preparatoria” (p. 145). En ese contexto se dio la disputa en torno a la enseñanza de latín en la educación mexicana; disputa en la que fue rechazado y humillado Pallares:

Los positivistas se apoyaban en la autoridad de Spencer que elimina las lenguas muertas en favor de las vivas, sin duda para que poco a poco vaya quedando sólo el inglés. Así como los liberales eran *yankeezantes*, los positivistas se creían muy británicos siguiendo a Spencer. Ni unos ni otros se tomaban el trabajo de informarse de que al latín dedican y dedicaban hasta cuatro años todos los colegios de segunda enseñanza de Inglaterra y los Estados Unidos (p. 145-146).

Reconociendo la buena influencia anti-positivista y anti-jacobina, y la noble batalla que Pallares dio en su tiempo, concluye Vasconcelos: “pasaron muchos años, antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio que nos incubaba” (p. 147). Contando con esta inspiración, fue abriéndose paso hacia una debacle contra el positivismo en

⁷ Discípulo directo de A. Comte en Francia, Gabino Barreda (1818-1881) fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria desde 1868 por el Presidente Juárez (1806-1872); desde ese puesto desarrolló e implantó un modelo de educación positivista en el país.

la que “el abanderado fue siempre Caso⁸, y nuestro apoyo Boutroux” (p. 197). Según Vasconcelos, bastó un ciclo de conferencias de Caso en el “Ateneo de la Juventud”⁹ para “destruir toda la labor positivista de los anteriores treinta años” (p. 197). En el seno de esta comunidad intelectual, literaria y artística, Vasconcelos confiesa que, por su parte, lo que “anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual dentro del campo mismo de lo empírico” (p. 197). Dicha dirección implicaba, primero, asumir una concepción del “conocimiento humano limitado siempre por el confin del misterio” (p. 128). Pero antes de arribar a estas conclusiones, Vasconcelos hubo de padecer por las sendas perdidas y dolorosas de la estrechez epistémica; recordando el tiempo inmediato a la muerte de su madre, anota:

El desastre de mi amor materno para el cual no aceptaba consuelos, la negación despiadada del milagro que pudo restituírle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: ‘No hay otra realidad que la que palpan los sentidos’. Después, con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: ‘La ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios’ (p. 128).

De este modo, la temprana muerte de su madre, quien fuera siempre una referencia existencial para Vasconcelos, y las posteriores muertes de su abuela (p. 240) y de su hermano (p. 340), fueron causando en él un orillamiento resentido hacia las promesas de la ciencia comtiana. Un largo camino formativo lo fue rescatando, en su juventud, de los dogmatismos con los que se ofrecían por entonces los sistemas de Comte y Spencer. De ahí que de sí mismo anote Vasconcelos: “Por mi parte adopté el comtismo y el evolucionismo y después el voluntarismo de Schopenhauer, como otras tantas etapas del largo experimento filosófico que sería toda mi vida” (p. 177)

La referencia vital, existencial y moral de la madre. Otro gran tema de antropología latinoamericana en la filosofía de Vasconcelos es la presencia y relación que tuvo con su madre, “la voz autoritaria y querida” (p. 32). Ella fue, básicamente, la *curator* del alma

⁸ Antonio Caso (1883-1946) filósofo mexicano que combatió con sus libros y conferencias el reduccionismo epistemológico del positivismo, difundido por G. Barreda y el primer Justo Sierra. Su propuesta fue siempre la del rescate urgente en México de una unidad integral de la nación. Describiendo la personalidad de A. Caso, refiere Vasconcelos: “Antonio Caso, dueño de una gran biblioteca propia, leía por su cuenta y preparaba sus armas para su obra posterior de demolición de positivismo” (p. 144).

⁹ Fundado en 1909, y en sesiones hasta 1914, el Ateneo reunió a un significativo grupo de personas que sesionaba en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y que combatieron en México el positivismo de Comte y Spencer omnipresente en la educación mexicana. Llegó a contar con más de cien miembros, entre los cuales destacan el propio Caso, J. Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Julio Torri, entre otros.

cristiana de Vasconcelos; de sus tiempos como alumno fronterizo en la escuela primaria de Eagle Pass recuerda:

Ya no le preocupaba la posibilidad de mi pérdida física, como en los tiempos angustiosos del Sásabe; pero ahora estaba atenta al peligro del alma, lanzada ocho horas al día entre herejes de escuela extranjera. Interpretando el pasaje de la disputa (de Jesús) con los doctores, mi madre afirmaba que un niño cualquiera, si poseía el tesoro de la doctrina verdadera, podía poner en confusión a los sabios (p. 37).

Recordando las bromas hechas de niño a su tía Concha, mujer ingenua que vivía en el hogar paterno escribe: “La queríamos por buena, pero era tan lela que la hubiéramos cansado a burlas si no fuese porque había en la casa un jefe amado y temido: mi madre, que no entendía de bromas y aplicaba un azote cada vez que era menester” (p. 66).

Llaman la atención los recuerdos de Vasconcelos sobre su tiempo en la escuela primaria: “por la noche, mientras mi madre atendía a preparar la cena en la cocina misma, donde auxiliaba a la criada, le hacía yo el relato de lo leído en el día o le leía en voz alta algún volumen... me orientaban los diálogos que sobre toda clase de materias sostenía con mi madre” (p. 81).

Especialmente importante se torna el papel que tuvo su madre en el cuidado de la fe religiosa:

fue ella quien puso en mis manos el acontecimiento libresco de todo aquel periodo de mi vida: *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand ... Después he comprendido que, viéndome leerlo, mi madre se tranquilizaba. No podía evitar que me ganara el ambiente incrédulo y ella afirmaba mi creencia volviéndola combativa en previsión de los riesgos que no tardarían en presentarse (pp. 81-82).

Sobre la intimidad de la relación que su madre guardaba con cada uno de los hijos de la familia Vasconcelos dice el autor: “Y parecía que nos tuviese en cuerpo dentro de su reflexión, aunque el alma suya fuese una lejanía serena y dulce. ¡Tan cerca de mí, interiormente, nadie ha llegado a estarlo!” (p. 99). Y en lo que respecta a la misión de estar al cuidado del alma cristiana de los hijos, y de reconducir sabiamente toda la vida a lo esencial, anota el autor:

Conocerlo todo, ensayar de todo. Pero los hilos de esta trama aparentemente compleja enlazaban en torno de un eje inmutable: la fe católica, apostólica, romana. Todo sería legítimo, excusable, perdonable o laudable, con tal de que no me apartase un ápice del dogma riguroso de la Iglesia.

Salvar el alma, y el destino echarlo a los dados. ‘Podrá irte bien, podrá irte mal; nunca escaparás al hecho de que esto es un valle de lágrimas. Para salir de él no hay otra puerta que la estrecha de la fe’. ¿La doctrina de las obras? Excelente; pero aún para amar y servir al prójimo era menester hacerlo, no por el prójimo, sino por el amor superior de Dios. Nada valen las mayores obras en beneficio del prójimo si no se cumplen en estado de amor a Dios.

Así de precisa era su doctrina; y cuando me oía hablar de filosofía se interesaba tan solo en la medida en que pudieran confirmarme la evidencia de la suprema realidad. Sencilla y terrible la realidad del vivir (p. 99).

Nunca dejaron de impactar al autor las palabras que su madre, en el lejano lecho de muerte, dejara para él en su testamento: “Que mis hijos se mantengan fieles cristianos... A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor” (p. 121).

El contraste nacional entre guadalupanismo y los jacobinos, el conflicto fe cristiana y Estado liberal. La piedad sincera que practicaba la familia Vasconcelos, con la madre al frente, se observa en la descripción que el autor hace de sus visitas a la iglesia local: “Doblada la cabeza ante la custodia radiante, fluía del corazón ventura sobrehumana” (p. 66). No obstante esta buena influencia, el ambiente formativo en todos sus años de escuela le terminó infundiendo un espíritu indiferente a la religión y, en su momento, adverso a la Iglesia: “En general, mi generación era escéptica, indiferente a la cuestión religiosa” (p. 177). De sus recuerdos de estudiante aclara, sin embargo, la ferviente actividad del Estado liberal en la implantación de ese anticlericalismo y ese ateísmo. Cuando, adulando al Dictador Porfirio Díaz, los sacaban de las escuelas “los veteranos del jacobinismo y usaban a los estudiantes para descargar sus viejos rencores contra la Iglesia vencida; en cambio, sellaban cuidadosamente la boca si se aludía siquiera a los sistemas del ‘caudillo’. Más bien nos utilizaban para sus agasajos y adulaciones” (p. 175).

Con motivo de un tal cura Amado, acusado de abuso y excomulgado, recuerda Vasconcelos cómo el Estado se servía de estas ocasiones utilizándolas como válvulas de escape para las masas oprimidas:

Había que aprovechar el incidente para desahogar los ánimos reprimidos por la tiranía. Pegando al clero indefenso, los viejos liberales se creían rejuvenecidos y simulaban la libertad de reunión. De paso, el astuto dictador recordaba a la Iglesia que su seguridad dependía de su arbitrio... Y buen cuidado tenían los agitadores de no equivocarse resbalando hacia la crítica del régimen, y por si ocurría olvido, allí estaba, oído atento, el jefe de la Policía; allí estaban los escuadrones de gendarmes y detrás el Ejército. Se podía increpar a Dios y al Diablo, a la Iglesia y al Extranjero; todo, menos la más leve alusión al amo de los mexicanos. ‘¡Viva Juárez! -coreábamos-. ¡Abajo el padre Amado... muera el Papa... muera! ... Y en verdad, nos arrastraban a tales desmanes (p. 176).

No obstante este adoctrinamiento continuo, Vasconcelos percibió que, desde la estructura que los positivistas del s. XIX imprimieron al país, encabezados por G. Barreda, “una escisión profunda quedó planteada en la conciencia nueva” (p. 177). Y se trata de la escisión entre

“este mundo” y el “otro mundo”; a los jacobinos liberales los sucedieron a fines del s. XIX los positivistas, y sucedió que “El Dios abstracto de los jacobinos: Supremo Arquitecto Masónico, estaba ahora suplantado por el Becerro de Oro de los negociantes, partidarios de la sumisión a *la realidad*” (p. 177).

Apenas pasada la solemne fiesta de la Coronación de la Virgen de Guadalupe (1895), a la que acudió una enorme masa del pueblo, y cuando él contaba con trece años, recuerda que

una mañana fuimos sacados de clase a gritos y empellones. Reunidos desordenadamente en el patio del Instituto ... a la vez que corría la orden gregariamente acatada: marcharíamos en manifestación contra el clero... Éramos el rebaño que lanzaba las logias como advertencia a la población católica que se atrevió a estar contenta el día de la Coronación... Obligados a gritar ‘¡Viva Porfirio Díaz!’ junto con Juárez, desahogaban su despecho de serviles increpando a un clero ya sin poder, confiscado en sus bienes, tolerado apenas por el poder público” (p. 69).

De estos años cursados en el Instituto de Toluca concluye que abandonó el plantel “sin sospechar el conflicto entre la doctrina aprendida en mi casa y la que en México impone el Estado” (p. 70).

La pugna entre fe cristiana y fe comtiana. La presencia omnímoda de la educación positivista fue llevando al joven Vasconcelos a un convencimiento cada vez mayor de las posibilidades de la ciencia y sus promesas de futuro. Evidentemente, la pérdida temprana de la madre también influyó en ello. Sólo hasta los tiempos del Ateneo de la Juventud, con A. Caso como figura líder, podrán él y sus compañeros irse deshaciendo de esa mentalidad y de esos principios. Durante su etapa formativa, llegó a tal grado su afición a las ideas comtianas y su fe en el progreso que afirma:

La familia, los amigos, el amor, todo era secundario ante la epopeya magnífica de nuestro tiempo, la conquista del progreso que levanta al hombre por encima de la bestia y a la altura de los dioses de la antigua era teológica. Tal entusiasmo cientifizante me sedujo. Daba a mi desencanto de abandonado de la gracia divina, privado del amor materno, ignorante del amor erótico, una orientación nueva y un objetivo concreto (p. 127).

Su magnífico relato, obra de una memoria preclara, nos conservó igualmente los modos y hasta la “catequesis” comtiana con que se era adoctrinado en el México de aquellos años, y en tantas otras naciones de Latinoamérica:

En la cátedra, en cambio, se nos estrangulaba sistemáticamente la fantasía. ‘No otorgarás fe sino al testimonio de tus sentidos’. ‘La observación y la experiencia constituyen las únicas fuentes del saber’. Estos y otros conceptos cotidianos recordados ante cada ocasión iban conformando un criterio metódico, rigurosamente científico, según la otra definición positivista: ‘Sólo adquiere categoría científica un

Mauricio Urrea Carrillo

hecho, un fenómeno cuyas condiciones de producción conocemos y que se repite, cada vez que esas condiciones vuelven a reunirse’.

Cuanto no puede comprobarse de modo experimental carece de valor científico y pertenece al reino caduco de lo teológico o de lo metafísico (p. 127).

Aún más, Vasconcelos refiere las risas que en sus mayores provocaban sus narraciones sobre la “misa dominical” comtiana, esto es, “la nueva liturgia” (p. 188) realizada al más puro estilo del **Catecismo positivista** (1852)¹⁰:

Un salón pequeño y aseado... al fondo una plataforma con asiento de distinción y una tribuna. El público ocupa el sillerío y los personajes el estrado. La ceremonia comienza con una disertación del ingeniero Aragón sobre el sabio del día, según el mes y la fecha comtiana: Aristóteles, Tolomeo. Se valora el servicio prestado al desarrollo de la Humanidad por el santo positivista de la fecha y se concluye con el elogio de Comte. Y en vez de la Virgen, y para que no falte la representación de la deidad femenina, se recuerda a la Clotilde de Vaux, inspiradora de la vejez del Maestro (p. 188).

Por el otro lado, pugnaba en su alma la presencia de la figura materna que seguía llamándolo a revisar sus posturas creyentes. Y aunque crítico de las infundidas ideas de Comte y Spencer, afirmaba que, a pesar de los límites de éstos, “no por eso sentía el impulso de volver a la fe de mi infancia. Echaba de menos la eucaristía; pero antes de acercarme a ella me hubiera sido necesario aclarar una serie de dudas referentes al dogma. De la Iglesia me apartaba la intransigencia en el dogma” (p. 178). Ciertamente, detrás de estas dudas y nuevas convicciones había malas experiencias que operan siempre en la misma forma: un clericalismo que origina el correspondiente anticlericalismo, mismo que prepara la disidencia o, en el peor de los casos, el ateísmo. En su caso, el asunto lo catapultó un encuentro con el jesuita mexicano Díaz Rayón:

Quizá yo iba dispuesto a reconocer la grandeza de la revelación y aun entregarme a ella; pero quería hacerlo sin coacción. Me molestaba, le dije, el abuso que la Iglesia hace de la amenaza y el anatema: quería que las obras justificaran con primacía sobre la fe. Si un hombre era bueno se salvaba aunque no creyese; si era malo se condenaba aunque confesase todo el credo. ‘No puedo aceptar -le dije- un Dios menos bondadoso que yo, y no sería yo capaz de condenar para siempre a un pobre diablo, bastante tonto para no ver lo que a un iluminado parece evidente’. Hallaba una injusticia fundamental en la teoría de la gracia. El padre famoso no tuvo tiempo o no tuvo simpatía para mis dudas; me dijo que estaba imbuido de orgullo y vanidad y que era inútil toda discusión; me desahució con gran pena de mi pobre tía. En realidad me alejé de la Iglesia muchos años, no sé si por culpa de él o por culpa mía; sólo anoto el hecho (p. 196).

¹⁰ Comte, A. **Catecismo positivista**. Madrid: Editora Nacional, 1982.

Este párrafo exhibe con claridad el modernismo de Vasconcelos, mismo que está detrás de sus nuevas dudas y de su nueva postura ante la fe de la Iglesia Católica. Con motivo del ingreso en religión de su tía, y después el de dos hermanas, dice:

aquello me dolía y me irritaba. Y no pudiendo desahogar mi enojo con ella, lo lanzaba contra los ‘curas’¹¹, acusándolos de influir en su preocupación. Tildaba a la religión de fanatismo y la vocación monjil de manía. En el mundo podía hacer el bien y eso era mejor que estarse rezando. Que se convirtiera, si quería, en asceta, pero laica y metida a trabajar en buenas obras. Había en el mundo bastantes males que remediar; en fin, y de manera inconsciente, recitaba la tesis protestante de que se nutre nuestro seudoliberalismo (p. 200).

A pesar de estos desencuentros con la fe de la infancia, tuvo después, en una estancia en Durango, otros encuentros con la Iglesia, más conciliadores y favorables para la fe que en su madurez fue recuperando; del encuentro en Durango con el párroco de la capilla de Guadalupe narra: “Más de una hora conversé con el culto y tolerante sacerdote, uno de esos que nos acercan a la Iglesia” (p. 212). La conclusión que él mismo obtiene de aquellos años tormentosos de flujo intenso de ideas y acontecimientos es: “aunque oficialmente anticatólico, yo seguía de creyente. Pues ¿cómo dudar de lo divino si por doquiera nos envuelve, nos sorprende, nos deslumbra el milagro en la naturaleza y en el corazón de la vida?” (p. 216). Ello nos conduce al siguiente tema.

La existencia como estética. Cruza todo el relato el gran tema de la estética nacional: la naturaleza en su diversidad de regiones, descrita a detalle en cada viaje; el contraste de la arquitectura colonial y la naciente modernidad de las urbes en el s. XIX en las que le tocó vivir; la estética religiosa vivida con fervor en el interior de tantos templos mexicanos en los que rezó y participó en la misa y demás oficios religiosos. Su particular concepción estética presentó la belleza como armonía; contemplando desde el ferrocarril los paisajes exclamó: “No sólo los ojos, los sentidos todos despiertan a la llamada de la armonía” (p. 71). Y a propósito de la intensidad de la belleza natural en Oaxaca anotó: “Todo tiembla en el cristal de una armonía exótica” (p. 248). En su magno proyecto estético, plasmado en obras como **El monismo estético** (1918) y **Filosofía estética** (1952), insistió en un pensamiento que debe sintonizar con la armonía natural. Todo ello se resumía para él en el gran proyecto de “pensar como músico ...para manifestar la belleza en su esencia divina y mística” (p. 262). Esta temática fue la vía abierta para el siguiente tema.

¹¹ Mote despótico aplicado a los sacerdotes por parte de la facción jacobina liberal en el México del s. XIX.

El camino vital de la estética a la erótica, de la erótica a la metódica, y de la metódica a la mística. De su adolescencia en Campeche proviene el viraje de la estética de la naturaleza a la erótica que las mujeres del trópico despertaron en él: “‘Anda, reza un Padrenuestro’ era cuanto obtenía del confesor. Mucho me hubiera ayudado si me dice: ‘Debilitas tu cuerpo, minas tu salud, te robas a ti mismo satisfacciones futuras’” (p. 85). Desconsolado, dice de sí mismo: “libraba desamparado la única lucha en que no podía auxiliarme mi madre. Y, sin embargo, aun en esto, me dio el remedio relativamente eficaz. La penitencia, que no era para ella una palabra, sino una práctica” (p. 85). Su tormentosa relación con la belleza femenina fue un rasgo en toda su vida; parecieran ser autodescripción estas palabras suyas: “nuestro destino, extraviado en lo físico, se desvía, se aparta de su esencia” (p. 217). Sobre la esclavitud que ejercen los sentidos dice: “Por algo el filósofo empieza a producir después de los cuarenta, así que ha dominado la lujuria, y no antes” (p. 234-235).

Conforme fue madurando su personalidad fue reconociendo, además, la estrechez del método científico ensalzado por el positivismo; método que dejaba de lado, con atrevimiento, el misterio de la vida. Impactado por la armonía de la belleza natural y de la arquitectura novohispana en sus paseos estudiantiles se preguntaba con preclara liberación:

¿Para qué el estudio y para qué la acción, si la bella vida podría ser gustada a sorbos, palpada en el cristal del ambiente? La armonía de las cosas no se logra para pedirnos expresiones o empeños, sino para recibimos en su seno y permearnos de su dicha. No era el momento de buscarle nombres a las cosas, sino de inmergirse en ellas. Apetito de convivir, participando de cada latido del cosmos. Negación de la ciencia ociosa que dilucida oposiciones vanas, inventa problemas e ignora, en cambio, la alegría del estar y el ser (p. 129).

De este límite positivista surge su proyecto de “llegar a Dios por la experiencia... En la materia misma era forzoso hallar el espíritu. Y a ello se dedicaría toda mi actividad de estudioso” (p. 178). O como lo formula en otra parte: “lo que yo anhelaba era una experiencia capaz de justificar la validez de lo espiritual dentro del campo mismo de lo empírico” (p. 197). En el empeño de hallar un Principio explicativo del Todo narra: “me movía la necesidad de hallar una clave o fórmula de explicación total de la vida, un sistema cabal del mundo. Hallazgo semejante me hacía falta, no sólo para iniciar un tratado de filosofía; también para enderezar y organizar mi propia vida interior, ansiosa de arquitectura” (p. 207).

Por este camino se enfilaba ya hacia lo místico que lo hechizaba: “padecía entonces la embriaguez, el hipnotismo del Todo” (p. 207). De esta manera, apoyándose el espíritu en la belleza armoniosa del mundo se lanza hacia el Infinito, dándose así un “dinamismo que se inicia en las cosas pero transformándose por intermedio del hombre, se dirige a lo divino” (p.

231). En este mismo sentido, añade más delante: “Todo cuanto existe posee un ritmo confuso que parece aguardar el toque libertador de la humana contemplación” (p. 233). Y en remate espectacular concluye: “La facultad estética se apodera de las cosas, les cambia su ritmo propio y les otorga orientación divina. De esta suerte, acaso somos colaboradores de lo divino en la tarea de conquistar lo finito para la gloria infinita” (p. 233).

La superación del reduccionismo positivista se opera, entonces, por la vía de una inmersión profunda y honesta en el misterio de lo real, apareciendo así el principio redentor de los anteriores desvíos: “La vida como función de lo Absoluto, a diferencia de la vida como operación biológica, he aquí una definición de la estética” (p. 209). La redención del alma individual y su soledad, por evocar una formulación del Hegel de la **Fenomenología**, se opera por el camino de una inmersión en la belleza armónica, y armonizante, del mundo todo: “La sustancia cumplida en el todo, después de ensayarse en los actos parciales, se manifiesta a la conciencia, en el *Consumatum est*, evangélico. La potencia se sacia, mira cumplidos los actos y usa su poder en la tarea de coexistir con el Padre. Es decir, obtiene naturaleza divina” (p. 209).

La fatalidad de la política. El tema que apasionó, ilusionó y también descorazonó a Vasconcelos fue el de la posibilidad de construir un mejor país a través de la acción política. Muy temprano en su vida, su erudición y su carácter apasionado lo pusieron en contacto con muchos de los personajes de la política nacional (Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Pancho Villa, Victoriano Huerta, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, etc.). De entre todos ellos, destaca sin mengua alguna la figura meteórica de Francisco Ignacio Madero, el “Apóstol de la democracia” mexicana. A través del Plan de San Luis, redactado por Madero durante su estancia en prisión, los maderistas buscaban un país con verdadera soberanía, con libertad de prensa y con reconciliación: “todos estábamos de acuerdo en desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis, intensificando una política de defensa de los recursos nacionales; suspensión inmediata del sistema de concesiones a compañías extranjeras y fraccionamiento gradual de la propiedad raíz” (p. 333).

Así pues, con Madero a la cabeza, el pueblo de México se dirigió a las urnas para elegir un nuevo gobierno. Como se sabe, las boletas electorales fueron destruidas, de lo contrario, “una gruesa votación habría barrido del poder al porfirismo” (p. 294). No obstante, el camino democrático ya se había empezado a andar. Eventualmente, el Dictador dimitió del poder, y Madero asumió la presidencia de la República el 06 de noviembre de 1911. Poseedor de un inmenso carisma y de un inaudito espíritu democrático y conciliador, el presidente Madero

indultó una y otra vez a quienes urdían planes contra él, contra los ideales de la Revolución y contra la democracia en el país. A veinte años de su sacrificio, Vasconcelos escribió: “Unos rieron del candor de Madero y otros se irritaron porque no cometía salvajadas, pero muy pocos reconocieron la intención de sentar un precedente de transformar para siempre el ritmo vergonzoso de nuestra patria” (p. 358).

En lo tocante a la religión, Madero encarnaba igualmente una política muy distinta a la de los jacobinos liberales de las Leyes de Reforma (1855-1863), muy adversas a la Iglesia. En la visión de Madero, “sonaba la hora de la concordia, y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la Tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el pleno derecho que dimana de sus convicciones” (p. 334). De cara a los nuevos tiempos, para Madero, “la doctrina entera de las Leyes de Reforma estaba reclamando la *reforma*” (p. 334). Desgraciadamente, la calumnia mediática, instrumento consentido de las vilezas políticas, comenzó a forjar en las masas una idea falsa de Madero, quien en sus programas políticos “obraba por generosidad y cultura. No se le estimó la intención. El apoyo y el aplauso lo reservaron (los católicos) para el fariseo. Aún no acaban de pagar su yerro los católicos mexicanos” (p. 335).

Muy al contrario de lo que sus embusteros detractores difundían de él, Madero tenía la “preocupación cardinal de cambiar la índole sanguinaria, mezquina, de la tradición nacional, por una disposición más humana, civilizada y espiritual” (p. 335). Sabemos de la probada participación del Embajador Henry Lane Wilson en el llamado “Plan de la Embajada” para traicionar a Madero. Una vez más, la maldad humana supo extraer la vena sanguinaria y asesina de ciertos ciudadanos. Como bien anota Vasconcelos:

Si las circunstancias no obedecieron el impulso redentor que a la patria imprimía Madero, peor para todos nosotros y tanto mayor aparece su gloria. Y todavía cuando México se decida a rectificar sus pavorosos yerros, tendrá que tomar el hilo de la patria regeneración en el punto en el que lo dejó Madero (p. 359).

La circunstancia, un tema también central en Vasconcelos, no era la adecuada para un Madero en 1913: “sereno y grande su destino, sin embargo, no coincidió con un momento histórico propicio” (p. 361). Madero tuvo un proyecto reformador nacional: “Su empeño de difundir la enseñanza respondía al deseo de cimentar la democracia” (p. 371). En una aventurada tesis de filosofía de la historia, que requiere matices ciertamente, pero que da en el punto, por causa de un tema que Vasconcelos no declara del todo -el resentimiento nacional indígena tras la conquista- se atreve a afirmar:

Desde la época de las Misiones, la dificultad de penetración en la masa indígena explica el constante peligro de la idea cristiana, diseminada en un ambiente que sigue siendo azteca en su capa profunda. Transformar este aztequismo subyacente es una condición indispensable para que México ocupe sitio entre las naciones civilizadas. Mientras no sean educadas las masas, subsistirá el sistema de sacrificios humanos así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma en turno ... Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir: cambiaba el sentido de la historia nacional (p. 371).

Como es natural, estas palabras manifiestan un gran pesar por la traición y el asesinato de Madero, con quien Vasconcelos trató íntimamente; sobre todo si se piensa que en la desaparición de Madero muchos, como Vasconcelos, vieron claramente el apagamiento de la luz incandescente que se iniciaba para el México del temprano s. XX: “México y todos sus hijos volvíamos a entrar en la noche” (p. 382). Parfraseando la historia de la conquista, Vasconcelos escribe: “Huitzilopochtli¹² recomenzaba su reino interrumpido por el maderismo” (p. 380). Desde entonces, finaliza el autor, “Madero sigue expulsado de México”¹³ (p. 385).

Sobre la noticia de la muerte de Madero, Vasconcelos añade una nota dolorosa, pero certera e ilustrativa, hacia el final de su texto:

La Iglesia mexicana también se mostró alborozada. Desaparecía, por fin, aquel presidente sospechoso de espiritismo. ¿Qué importaba que ahora viniese un ebrio inmoral, si lo que ella suele perseguir es la heterodoxia, antes que la maldad y aun ateísmo? En el diario de los católicos, *El País*, vimos todos con dolor y sorpresa el cable papal en el que se felicitaba a Huerta¹⁴ “por haber restablecido la paz” y le enviaba bendiciones. Señalo este hecho inaudito sin ánimo de agravar los cargos que pesan sobre la Iglesia mexicana, y sólo para que se vea uno de los pretextos, no la justificación, de las persecuciones religiosas que se han consumado con posterioridad. Por lo pronto, quienes por convicción nos inclinábamos a un acercamiento del Estado mexicano con la Iglesia experimentamos ira y desconsuelo (p. 385).

4. Conclusiones

Al final de esta presentación de los temas relevantes de la obra **Ulises criollo** es posible destacar una serie de líneas que pueden proseguirse con provecho de cara a la actualidad mexicana y latinoamericana en general. a) Un primer asunto relevante, tocante al *vecindario con la nación americana* es la necesidad de nuevas reflexiones en torno al tema de la

¹² El dios de la guerra para los mexicas.

¹³ Pareciera mentira, pero los slogans nacionales del gobierno actual en México subrayan su adhesión a las ideas políticas de Juárez, pero poquísimo se habla de Madero. Los temas de democracia y “No-Reelección” no son convenientes en tiempos en los que se piensa ya en reelegirse en cargos públicos.

¹⁴ Precisamente el traidor.

soberanía de los pueblos, especialmente si se miran los nuevos fenómenos migratorios y los estilos populistas de muchos políticos¹⁵; b) respecto del fatídico tema de *los “malos mexicanos”*, y de los malos patriotas en general, ha de decirse que el país espera la hora de una renovación moral¹⁶ en la que se aspire a la excelencia en todo lo que somos, tenemos y hacemos, rehusando siempre la mediocridad que describió en su momento J. Ingenieros; c) sobre la cuestión de los *políticos al servicio del extranjero y de sus propios intereses* muy particulares, ha de desarrollarse una nueva teoría política que se inicie con una aspiración a la libertad política internacional de la que debe gozar cada pueblo, a la vez que culmine con una valoración seria de lo propio cultural¹⁷; d) igualmente central se torna la cuestión de *una verdadera reforma educativa* en la nación, efectuada democráticamente y que asuma una matriz más humana, religiosa y espiritual¹⁸; e) hoy que el individuo, *la familia*, y después la sociedad, padecen los estragos de una ausencia materna en el ámbito familiar, cobra gran importancia reforzar el núcleo familiar como punto de salud de la sociedad toda¹⁹; f) respecto del ancestral *conflicto entre fe cristiana y Estado liberal* ha de recordarse que soplan en el mundo nuevos aires de conciliación, por la vía de una revaloración de lo que las religiones aportan al bien social, y para completar una historia general de la razón²⁰; g) sobre *el reduccionismo positivista* de entonces, hay que anotar que hoy se renueva bajo la temática de las neurociencias y del trans/post-humanismo, corriéndose el peligro de denigrar y estrechar la maravilla del misterio humano corporeo-espiritual²¹; h) por lo que toca a la *sensibilidad estética* de Vasconcelos, reconozcamos que una de las grandes tentaciones de hoy es la renuncia a la maravilla del mundo real, por el encandilamiento del mundo virtual, así que se

¹⁵ Cfr. P. Ej., TAMIR, Y. **Why Nationalism**. Princeton/Oxford: Princeton University Press, 2019.

¹⁶ Cfr. P. Ej., PEREDA, C. **Pensar a México, entre otros reclamos**. México: Ed. Gedisa/UNAM, 2021.

¹⁷ Cfr. DUSSEL, E. **Siete ensayos de filosofía de la liberación**. Hacia una fundamentación del giro decolonial. Madrid: Ed. Trotta, 2020; y HINKELAMMERT, F. **Totalitarismo del mercado**. El mercado capitalista como ser supremo. México: Ed. Akal, 2018.

¹⁸ Cfr. CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO. **Educación para una nueva sociedad**. Reflexiones y orientaciones sobre la educación en México. México: Ed. CEM, 2012.

¹⁹ Cfr. APARISI MIRALLES, Ángela. Más allá del posfeminismo de género: el modelo de igualdad en la diferencia. In: LAGUNES, O. y URREA, M. (Coords.). **De la deconstrucción a la confección de lo humano**. Género y derechos humanos. Ciudad de México: Editores de Textos Mexicanos, 2020, pp. 129-152; y PAPA FRANCISCO. **Amoris laetitia**. Sobre el amor en la familia. México: Ed. Buena Prensa, 2016.

²⁰ Cfr. HABERMAS, J. La conciencia de lo que falta. In: HABERMAS, J. Et al., **Carta al Papa**. Consideraciones sobre la fe. Barcelona: Ed. Gedisa, 2009, pp. 53-77; y HABERMAS, J. Zur Frage einer Genealogie nachmetaphysischen Denkens y Die sakralen Wurzeln der achsenzeitlichen Überlieferungen. In: HABERMAS, J. **Auch eine Geschichte der Philosophie**. Die okzidentale Konstellation von Glauben und Wissen. Berlín: Ed. Suhrkamp, 2019, pp. 23-174 y pp. 177-306.

²¹ Cfr. HABERMAS, J. **Entre naturalismo y religión**. Barcelona: Ed. Gedisa, 2009; y CORTINA, A. **Humanismo avanzado para una sociedad biotecnológica**. Madrid: Ed. Teconté, 2017.

requiere una conversión contemplativa (*ad-miratio*) hacia el mundo real²²; i) sobre el *proceso dinámico de la estética a la mística*, ha de observarse que, debido al desamparo en que han dejado a muchos el materialismo capitalista y el secularismo, hay actualmente un acusado retorno a la religión y a la espiritualidad que debe ahondarse y encauzarse hacia sendas de espiritualidad comunitarias y personalistas²³; j) finalmente, sobre el desánimo y la frustración de la acción política en orden a crear cohesión social, he de señalar que el modelo incluyente de nación que se desprende de la alegoría “casita sagrada” de la Tonantzin Guadalupe²⁴ ha logrado desde 1531 mucho más al respecto que los planes políticos y pastorales de México en cinco siglos de historia.

EPÍLOGO: La figura de J. Vasconcelos, mexicano apasionado y con aspiraciones a la excelencia, activo política y socialmente, y honesto con la verdad, termina siendo uno más de los prototipos de ciudadanos posibles y necesarios en el México de hoy; él en particular pasará a la historia como alguien que vivió “entre el libro abierto y el despejado cielo” (p. 130), esto es, entre la búsqueda de la verdad en la cultura y la atención al llamado que nos viene de lo Alto.

Referencias

AGUIRRE, María Gabriela y PÉREZ, Nora (Coords.). **Los proyectos católicos de nación en el México del siglo XX**. Actores, ideologías y prácticas. México: Ed. Terracota, 2020, pp. 463.

APARISI MIRALLES, Ángela. Más allá del posfeminismo de género: el modelo de igualdad en la diferencia. In: LAGUNES, O. y URREA, M. (Coords.). **De la deconstrucción a la confección de lo humano**. Género y derechos humanos. Ciudad de México: Editores de Textos Mexicanos, 2020, pp. 474.

COMTE, Augusto. **Catecismo positivista**. Madrid: Editora Nacional, 1982, pp. 299.

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO. **Educación para una nueva sociedad**. Reflexiones y orientaciones sobre la educación en México. México: Ed. CEM, 2012, pp. 155.

CORTINA, A. **Humanismo avanzado para una sociedad biotecnológica**. Madrid: Ed. Teconté, 2017, pp. 204.

DUSSEL, E. **Siete ensayos de filosofía de la liberación**. Hacia una fundamentación del giro decolonial. Madrid: Ed. Trotta, 2020, pp. 171.

²² Cfr. HEDGES, C. **Empire of Illusion**. The End of Literacy and The Triumph of Spectacle. New York: Ed. Nation Books, 2009.

²³ Cfr. PANIKKAR, R. **De la mística**. Experiencia plena de la Vida. Barcelona: Ed. Herder, 2005; y **Mística y espiritualidad**. Barcelona: Ed. Herder, 2015.

²⁴ Cfr. LEÓN-PORTILLA, M. **Tonantzin Guadalupe**. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mophua”. México: Ed. FCE, 2014. Hay actualmente en México un nuevo y creciente interés en los estudios de una identidad nacional a partir de lo que el catolicismo ha aportado en cinco siglos de presencia en estas tierras; p. ej., Cfr. AGUIRRE, M. y PÉREZ, N. **Los proyectos católicos de nación en el México del siglo XX**. Actores, ideologías y prácticas. México: Ed. Terracota, 2020.

“Entre el libro abierto y el despejado cielo”. En busca de la identidad nacional para nos nuevos tiempos. As ideas de J. Vasconcelos para el futuro de su país

Mauricio Urrea Carrillo

HABERMAS, Jürgen. **Entre naturalismo y religión**. Barcelona: Ed. Gedisa, 2009, pp. 363.

———. La conciencia de lo que falta. In: HABERMAS, Jürgen et al. **Carta al Papa**. Consideraciones sobre la fe. Barcelona: Ed. Gedisa, 2009, pp. 266.

———. Zur Frage einer Genealogie nachmetaphysischen Denkens y Die sakralen Wurzeln der achsenzeitlichen Überlieferungen. In: HABERMAS, Jürgen. **Auch eine Geschichte der Philosophie**. Die okzidentale Konstellation von Glauben und Wissen. Berlín: Ed. Suhrkamp, 2019, pp. 23-174 y pp. 177-306.

HEDGES, Chris. **Empire of Illusion**. The End of Literacy and The Triumph of Spectacle. New York: Ed. Nation Books, 2009, pp. 232.

HINKELAMMERT, F. **Totalitarismo del mercado**. El mercado capitalista como ser supremo. México: Ed. Akal, 2018, pp. 267.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. **Tonantzin Guadalupe**. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”. México: Ed. FCE, 2014, pp. 202.

NAISHTAT F. La filosofía de la historia en Iberoamérica. El largo siglo XX. In: MATE, Reyes et al. **Filosofía iberoamericana del siglo XX**. Filosofía práctica y filosofía de la cultura. Madrid: Ed. Trotta, 2017, pp. 687.

PANIKKAR, R. **De la mística**. Experiencia plena de la Vida. Barcelona: Ed. Herder, 2005, pp. 302.

———. **Mística y espiritualidad**. Barcelona: Ed. Herder, 2015, pp. 578.

PAPA FRANCISCO. **Amoris laetitia**. Sobre el amor en la familia. México: Ed. Buena Prensa, 2016, pp. 268.

PEREDA, Carlos. **Pensar a México, entre otros reclamos**. México: Ed. Gedisa/UNAM, 2021, pp. 153.

ROVIRA GASPAR, María del Carmen. En torno a las categorías presentadas por José Gaos. In: VELASCO GÓMEZ, Ambrosio (Coord.). **Perspectivas hermenéuticas y enfoques metodológicos en la interpretación del desarrollo histórico de la filosofía mexicana**. Ciudad de México: Ed. Universidad Autónoma de México, 2020. p. 13-25.

TAMIR, Yael. **Why Nationalism**. Princeton/Oxford: Princeton University Press, 2019, pp. 205.

URREA CARRILLO, Mauricio. Posibilidades y límites humanizantes de la sabiduría cristiana postconciliar en el contexto deshumanizante de la frontera Norte de México. In: **ACTAS TEOLÓGICAS Y FILOSÓFICAS (UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO) DICIEMBRE 2018 • ISSN 2452-4689**, pp. 41-49.

VALDÉS, M. El pensamiento filosófico en Hispanoamérica en el siglo XX. In: GARRIDO, Manuel et al. **El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX**. Madrid: Ed. Cátedra, 2009, pp. 1328.

VASCONCELOS, José. **Ulises Criollo**. Ciudad de México: Porrúa, 2014. 392 pp.